

LA EXPERIENCIA DE LA INFANCIA: SU SIGNIFICADO EN LA PROPUESTA DE "FILOSOFÍA
PARA NIÑOS"

Cristina Rochetti
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Resumen:

Nuestra constitución del sentido de la infancia se tensa entre la voracidad con que el mercado reclama consumidores y mano de obra calificada y nuestras buenas intenciones de un futuro mejor. Preguntar por la infancia se constituye en un paso ineludible para acceder a la comprensión del lugar que otorgamos a los niños en nuestra sociedad, en nuestra cultura y en nuestras prácticas educativas. Este trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre los fundamentos, los supuestos y las estrategias del "Programa de Filosofía para Niños" y su conexión con el pragmatismo. En esta oportunidad abordaremos la pregunta por la infancia como supuesto del "Programa de Matthew Lipman", ya que toda práctica educativa, y en este caso la de hacer filosofía para niños, implica una construcción del significado que sostiene al proyecto. Para Lipman la concepción de la niñez aparece ligada directamente a la educación, pues su problema radica en justificar un programa de filosofía en la escuela desde el jardín de infantes hasta la finalización de la preparatoria o el polimodal en nuestro caso. La idea de niñez tomada de Dewey destaca dos puntos fundamentales, por una parte el niño encierra en sí una promesa de creatividad, el niño es potencialmente lo que proyectemos de él, es pura posibilidad, todo depende de nuestra acción y por otro lado una referencia de la parte al todo, ya que es necesario comprender la totalidad de la civilización para comprender el significado de la niñez, el niño es parte de la totalidad, si entendemos el todo, entendemos la parte. La niñez como la etapa más propicia en la formación de hábitos y costumbres, la niñez como promesa, posibilidad y parte de la civilización y la niñez con disposiciones naturales al asombro y al pensar son los puntos que posibilitan el encuentro con la filosofía.

Palabras Claves: Infancia; Experiencia; Filosofía para Niños; Educación; Natalidad.

A experiência da infância: Seu significado na proposta de "Filosofia para Crianças"

Resumo:

Nossa constituição do sentido da infância é tensionado entre a voracidade com que o mercado demanda consumidores e mão de obra qualificada e as nossas boas intenções de um futuro melhor. Perguntar pela infância constitui um passo inevitável para aceder à compreensão do lugar que outorgarmos às crianças em nossa sociedade, nossa cultura e nossas práticas educativas. Este trabalho é parte de uma ampla investigação sobre os fundamentos, pressupostos e estratégias do "Programa de Filosofia para Crianças" e sua ligação com o pragmatismo. Nesta oportunidade vamos abordar a pergunta pela

infância como um pressuposto do "Programa de Matthew Lipman" já que qualquer prática educativa, e neste caso a de fazer filosofia para crianças, implica a construção do significado que sustenta o projeto. Para Lipman, a concepção de infância aparece diretamente ligada à educação, porque seu problema é justificar um programa de filosofia na escola desde o maternal até a conclusão do ensino médio. A idéia de infância tomada de empréstimo a Dewey destaca dois pontos-chave: por um lado, a criança tem em si uma promessa de criatividade, a criança é, potencialmente, o que dela projetemos, é pura possibilidade, tudo depende de nossa ação e, por outro, uma referência da parte ao todo, uma vez que é necessário entender a totalidade da civilização para entender o significado da infância, a criança é parte do todo, se entendermos o todo, podemos entender a parte. A infância como a fase mais propícia à formação de hábitos, a infância como uma promessa possibilidade, e parte da civilização e disposições naturais para as crianças com espanto e de pensar são os pontos que permitem o encontro com a filosofia.

Palavras-chave: Criança; Experiência; Filosofia para Crianças; Educação; Natalidade.

The experience of childhood, and its significance in the Philosophy for Children project

Abstract:

Our constitution of the meaning of childhood is stretched between the voracity with which the market demands consumers and skilled labor and our good intentions for a better future. To pose the question of childhood constitutes a necessary step towards understanding the place to which we assign children in our society, our culture and our educational practices. This paper is part of a wider investigation into the foundations, assumptions and strategies of the Philosophy for Children program, and into its connections with the pragmatism. I begin by posing the question of childhood as a basic presupposition of Matthew Lipman's program--as any educational practice implicates a construction of meaning that supports it. Lipman's conception of childhood appears directly linked to education, because his problem is to justify a philosophy program at school from kindergarten to high school. The idea of childhood that he takes from Dewey highlights two key points. On the one hand the child carries a within her a promise of creativity, and the potential to become what we project onto her; everything depends on the action of the adult towards her. On the other hand, childhood poses a part-whole problem, since it is necessary to understand the whole civilization to understand the meaning of childhood, which is part of the whole; if we understand the whole, we understand the part. Childhood as the stage of life most conducive to the formation of habits and customs; childhood as a promise, a possibility; childhood as part of civilization; and childhood as characterized by natural dispositions to wondering and thinking: these are the points that enable the encounter between childhood and philosophy.

Keywords: Childhood; Experience, Philosophy for Children, Education, Natality.



LA EXPERIENCIA DE LA INFANCIA: SU SIGNIFICADO EN LA PROPUESTA DE “FILOSOFÍA PARA NIÑOS”

Cristina Rochetti

Preguntar por la infancia se constituye en un paso ineludible para acceder a la comprensión del lugar que otorgamos a los niños en nuestra sociedad, en nuestra cultura y en nuestras prácticas educativas.

Preguntar por la infancia es desinstalar los sentidos establecidos que se enquistan y pretenden regir nuestras concepciones para abrir paso a la posibilidad de resignificar nuestro propio sentido.

Preguntar por la infancia es permitir que los niños que nacen y crecen en un proyecto de infancia puedan pensar y ser protagonistas de su propio proyecto.

Este trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre los fundamentos, los supuestos y las estrategias del “Programa de Filosofía para Niños” y su conexión con el pragmatismo. En esta oportunidad abordaremos la pregunta por la infancia como supuesto del “Programa de Matthew Lipman”, ya que toda práctica educativa y en este caso la de hacer filosofía para niños implica una construcción del significado que sostiene al proyecto.

El término infancia alude primeramente a la etapa psicobiológica que se desarrolla desde el nacimiento del ser humano hasta su entrada en la pubertad, caracterizada por el crecimiento y desarrollo del cuerpo y por la adquisición del lenguaje. También se utiliza el término infancia para señalar la etapa posterior al comienzo de algo, el período que sigue a la instauración de un hecho o acontecimiento. Pero a este significado primario es necesario rescatarlo de su obiedad, ya que históricamente, en las distintas prácticas sociales se ha ido configurando una construcción del sentido que merece ser abordada como cuestión y que ha permitido su tematización dando origen a estudios bastantes recientes como la historia de la infancia.

Todo ser humano pasa por esta etapa. Ser adulto supone haber transitado por la niñez. Cada ser humano, según la época histórica en que ha vivido, ha experimentado la infancia de distinto modo. Cada época histórica ha recibido a los recién nacidos y los ha integrado a la vida en sociedad según un cierto horizonte de comprensión, que da sentido e integra la experiencia. Según Sandra Carli 2003, pág. 14: "El tiempo de la infancia es un tiempo construido por los adultos, un tiempo histórico-cultural: es en la trama de una sociedad y de una cultura que se dota de sentidos a esa edad instalándola como tal en otra temporalidad que no se ciñe a la temporalidad biológica, evolutiva de la edad, sino que se inscribe en el proceso más amplio de la reproducción humana de una sociedad..."

Todo ser humano se enfrenta a esta doble perspectiva: la niñez como etapa biológica y la niñez como etapa de sentido, articulada en cada momento histórico de modo diferente y esta articulación es la que determina las prácticas pedagógicas que interesa abordar en nuestro análisis.

Por lo tanto todo ser humano que nace comienza a transitar el ser niño y además un modo concreto de articulación histórica de la infancia que encierra lo que se entiende por niño, cómo debe ser un niño y lo que se espera de un niño. Esta articulación histórica genera el campo de experiencia en el que cada ser humano se constituye y para algunos autores de orientación psicoanalítica, como Lloyd deMause, constituye una de las hipótesis de la teoría psicogénica del cambio histórico, 1994, pág.18: "...las prácticas de crianza de los niños en una sociedad no son simplemente uno entre otros rasgos culturales. Son la condición misma de la transmisión y desarrollo de los demás elementos culturales ...Para que se mantengan determinados rasgos se han de dar determinadas experiencias infantiles, y una vez que esas experiencias ya no se dan, los rasgos desaparecen."

Podemos entonces hablar de la "experiencia" de la infancia por la que todo ser humano transita y que esta articulada por estas dos temporalidades, la biológica y la cultural.



Esta experiencia en el pragmatismo es considerada como una etapa del crecimiento, valiosa en sí misma, pero con rasgos de inmadurez. El niño ocupa el lugar central en el proceso educativo y es en torno a sus intereses y posibilidades que se estructura la práctica educativa.

Según J. Childs los factores que indujeron al pragmatismo a centrar en el niño la teoría educativa son por una parte la democracia como forma de vida y de gobierno ya que exige un trato respetuoso a los ciudadanos y a los futuros ciudadanos, y la consideración de la escuela como una institución democratizada porque es el lugar donde el niño participa activamente para transformarse en un ciudadano.

Otro factor de importancia es la concepción evolucionista de la vida que implica una constante adaptación a partir de las experiencias que se van transformando en hábitos. El niño en esta concepción del hombre como “animal de costumbres” se presenta como la etapa más apta para la conformación de hábitos por su “natural” inquietud, espontaneidad, curiosidad y disposición.

Por último es necesario tomar en cuenta la integralidad con que el niño aprende, lo que supone que un aprendizaje aunque este orientado a fijar memorísticamente un concepto, su enseñanza afecta procedimientos y actitudes que van conformando un modo de entender.

En palabras de Childs, 1956, pág 324: “El niño aprende en cuanto responde, es decir en cuanto restablece conexiones con sus hábitos, actitudes e ideas entre lo que hace y lo que sucede como consecuencias de las reacciones de cosas y personas a su actividad. Se torna inteligente a medida que a través de estas experiencias, forma anticipaciones justificadas sobre como obran las cosas, sobre sus potencialidades, y sobre la manera en que se las debe tratar.”

Por lo tanto se desprende de esto que el niño es un individuo capaz de generar experiencias que lo integren sucesivamente a la comunidad a la que pertenece, es sumamente maleable en el sentido de poder fijar en cualquier

la experiencia de la infancia: su significado en la propuesta de "filosofía para niños"

dirección sus experiencias y capaz de construir sus significados con la intervención de sus maestros. El niño ocupa el centro en el proceso de enseñanza-aprendizaje y es a partir de sus intereses y posibilidades que se estructuran los contenidos y se generan las estrategias de trabajo.

Para Lipman la concepción de la niñez aparece ligada directamente a la educación, pues su problema radica en justificar un programa de filosofía en la escuela desde el jardín de infantes hasta la finalización de la preparatoria o el polimodal en nuestro caso.

La filosofía y la niñez no son dos ámbitos incompatibles, es más, la niñez aparece como un ámbito privilegiado para la práctica filosófica entendida como pensar, como el desarrollo del conjunto de habilidades de pensamiento. En este sentido Lipman afirma que debemos reconocer a Dewey su contribución, 1992, pág. 23: "Sin duda fue Dewey quien, en los tiempos modernos, previó que la educación tendría que ser redefinida como el fomento de la capacidad de pensar, en vez de ser una transmisión de conocimientos;... comprendió que el niño no "es un angelito" ni un "bárbaro en ciernes", sino un ser con tantas promesas de creatividad, que nos exige que comprendamos la totalidad de la civilización, para entender el significado y el milagro del desarrollo de la conducta infantil."

Esta idea de la niñez tomada de Dewey destaca dos puntos fundamentales, por una parte el niño encierra en sí una promesa de creatividad, el niño es potencialmente lo que proyectemos de él, es pura posibilidad, todo depende de nuestra acción y por otro lado una referencia de la parte al todo, ya que es necesario comprender la totalidad de la civilización para comprender el significado de la niñez, el niño es parte de la totalidad, si entendemos el todo, entendemos la parte.

Esta natural combinación entre la filosofía y los niños, redescubierta a propósito de la implementación del programa de Filosofía para niños descansa fundamentalmente en tres supuestos según Ann M. Sharp, 1996, pág. 161: "Uno es que los niños tienen una disposición natural para asombrarse y



pensar sobre las ideas, incluyendo aquellas en las cuales la mayoría de los adultos han perdido interés hace mucho tiempo. Otro es que las ideas son importantes para los niños y para la manera como estos perciben, interpretan y construyen sus mundos. Un tercer supuesto es que como educadores, podemos ayudarlos en la construcción de caminos, estructuras y estrategias que faciliten y no obstaculicen, el proceso de hacer filosofía”.

Por lo tanto la niñez como la etapa más propicia en la formación de hábitos y costumbres, la niñez como promesa, posibilidad y parte de la civilización y la niñez con disposiciones naturales al asombro y al pensar son los puntos que posibilitan el encuentro con la filosofía.

La concepción pragmática de la niñez, en la que se inscribe la de Lipman, no escapa a una visión dominada por la teoría de la evolución que considera el crecimiento como parte de la vida y el progreso como fruto de la experiencia entendida como intercambio con el medio. La idea de progreso tiene como base la linealidad del desarrollo de los acontecimientos en el tiempo y la superación de una etapa por otra, por lo tanto las etapas de la vida se van asumiendo unas en otras de manera ascendente y la plenitud de cada una asegura el mejor desarrollo de la siguiente. En este sentido Lipman afirma que el niño debe ser considerado en sí mismo y no como medio o paso obligado para ser adulto. Por lo tanto la infancia es una etapa cronológica, con las capacidades racionales del ser humano en general y valiosa en sí misma y como configuradora de sentido la infancia es la posibilidad de encarnar los auténticos valores democráticos. La infancia tiene la misión de concretar aquello que los adultos hemos logrado a medias o no hemos logrado, en palabras de Lipman, 1992. Pág. 36: “...Si nos quejamos de que nuestros líderes y el electorado se ocupan solo de sí mismos y de que son incultos, debemos recordar que son el fruto de nuestro sistema educativo. Si alegamos como factor atenuante, que también son el fruto de sus casas y sus familias, hay que recordar que los insensatos padres y abuelos de esas

familias son igualmente resultado del mismo proceso educativo. Como educadores tenemos una grave responsabilidad en la insensatez de la población mundial."

La niñez valiosa en sí misma es depositaria de los anhelos y los proyectos de una sociedad mejor, de una sociedad que encarne los valores democráticos que nosotros los adultos no hemos logrado implementar en su totalidad y la educación es el medio idóneo para lograr el propósito.

Dentro de esta línea de comprensión es necesario destacar la presencia de rasgos interpretativos que perciben la infancia desde pares de opuestos ya sea para señalar la ausencia o la presencia de ciertas características con relación a las otras etapas de la vida. Además la idea de la infancia como potencialidad alude a la ausencia de ciertas características que se desarrollaran con el tiempo y la intervención de ciertos factores como por ejemplo la educación.

La concepción pragmática de la niñez no goza de originalidad, se ha nutrido de corrientes filosóficas y psicológicas que han aportado elementos corroborando de este modo el carácter reconstructivo del pragmatismo. El psicoanálisis y el constructivismo son sin duda su mayor fuente junto con el Darwinismo biológico y social.

El psicoanálisis aborda en profundidad el tema de la infancia, aquí solamente rescatamos la idea del niño como constructor de sentidos y significados, activo y transformador de su medio, no pasivo, ni un ser al que hay que darle forma, una casi persona o una transición que se supera. La niñez es el modo primario y original de apropiarse de la realidad y dar forma al mundo y a la propia vida. El niño es aquel que ante el mundo nuevo y desconocido genera sentidos que le permiten constituirse en su radical novedad.

El pragmatismo toma de esta concepción la idea del niño activo, constructor y generador de sentidos. La niñez es considerada como una etapa que marca el posterior desarrollo de la vida adulta. El niño es protagonista de su



vida que se entreteje en las relaciones con los adultos en el ámbito familiar o en la escuela y conforman el contexto desde donde debe ser interpretado.

El aporte más fuerte del psicoanálisis se da en la década del 50 - 60. Existe un abundante caudal de libros sobre Psicología infantil y adolescente de distintos autores dentro de esta línea de pensamiento. Paralelamente a esta producción se desarrolla la psicología evolutiva de Jean Piaget que toma como parámetro el desarrollo de la inteligencia junto con la afectividad y la moralidad. Estas dos corrientes de la Psicología influirán profundamente en la pedagogía y en la concepción de niñez que marca a la educación desde los años 40 - 70.

Para la psicología evolutiva el niño es el ser humano en proceso de construcción de las estructuras mentales, movilizado afectivamente y contenido normativamente por el sentimiento moral. La evolución se produce de lo simple a lo complejo, de la centración subjetiva a la descentración, del egocentrismo a la percepción del otro y la posibilidad de cooperación. Piaget no habla de inferioridad o incapacidad en el niño, sino de inmadurez como un factor que se desarrolla para contribuir a la construcción.

El constructivismo de Piaget pone al niño como artífice, como constructor de sus estructuras de conocimiento y morales, movilizado por los vínculos y los afectos. El niño nuevamente es el centro, él tiene el poder y de los adultos depende otorgar a través de la educación todas las herramientas necesarias para que el proyecto se concrete.

Conclusión

La infancia como experiencia es articulada en el pragmatismo y en programa de "Filosofía para niños" a partir de la consideración de la democracia como proyecto y aspiración de toda sociedad civilizada y el aporte del psicoanálisis y el constructivismo a la concepción del niño como un sujeto protagonista de su vida y constructor de las estructuras de su psiquismo.

El niño no es una tabla rasa, ni arcilla esperando las manos del artesano para adquirir la forma predeterminada, es su propio constructor de sentidos, estructuras y significados a partir de la experiencia de encuentro con los sentidos, estructuras y significados de sus adultos en una sociedad y cultura determinadas.

El niño es el artífice de sus costumbres generadas por las ideas y creencias asumidas en su interacción con los adultos en el ámbito familiar y en la escuela.

La tematización de la niñez opera un giro copernicano en su tratamiento, instalando el debate a nivel educativo en el cómo hacer para favorecer este protagonismo, el centro del debate y la discusión se ubica en lo metodológico, en las estrategias y procedimientos para el abordaje de los contenidos, de modo que las costumbres que constituyen al hombre, ya que pueden ser elegidas anticipadamente tengan las características del método crítico o científico, único capaz de generar sujetos que piensan por sí solos, críticos y con actitudes para la vida democrática.

Pero la infancia también se transforma en depositaria de las buenas intenciones y los proyectos de los adultos respecto al futuro de la sociedad, lo que justifica hacer de la educación el medio para dotarla de todas las herramientas necesarias tanto intelectuales como morales para alcanzar dicho propósito, construyendo así un sentido de la infancia que intentamos poner en cuestión.

Proponemos un intento de reflexión a partir de la "experiencia de la infancia" como evocación.

La literatura puede ser un buen punto de partida en este camino: "Infancia en Berlin" de Walter Benjamin, "La infancia recobrada" de Fernando Savater, "La infancia dorada" de Elena Croce son algunos de los tantos textos que ocupan un lugar en la literatura como relatos que intentan evocar de diversos modos una experiencia fuertemente cobijada en la memoria y que es interpretada a la luz de la adultez.



Es a partir del paso del tiempo y de la madurez que el mundo infantil adquiere una relevancia insospechada, los lugares, los olores, los sabores, los relatos contados, los cuentos, los amigos, todo se conjuga para despertar sentimientos profundos y cargados de emotividad.

La evocación es una reconstrucción de la memoria que recorta y da forma a todo un conjunto de elementos guardados y cobijados con el sello de la niñez. Los recuerdos aparecen con un nuevo brillo, casi mágico que permiten al hombre adulto reencontrarse consigo mismo. ¿Por qué volvemos a la infancia? O ¿es la infancia la que vuelve a nosotros? Es acaso que somos el tiempo recobrado permanentemente en el recuerdo de nosotros mismos que contamos y reinventamos, lo que nos define. La infancia evocada desde la vida adulta nos posiciona frente a un rasgo de la niñez que esta más allá de las ideas de etapa, desarrollo, crecimiento, evolución, inmadurez, transición, paso, que hasta ahora hemos estado trabajando. El rasgo que se desprende es el de “experiencia” como lo que pasó, que algo pasó y nos transformó, algo pasó y algo quedó que nos constituyó en lo que somos.

Benjamin, en sus conmovedores relatos de “Infancia en Berlín”, realiza el relato de la ciudad de su infancia, con características autobiográficas en las antevísperas de la catástrofe de la 2ª guerra. A partir de la frescura de los recuerdos que aparecen y contamos, es que nos contamos a nosotros mismos, 1982, pág. 30: “Sin embargo el aire en el que se mecía entonces aquella mariposa, continúa aún hoy preñado de una palabra que desde decenios no volví a oír ni la pronunciaron mis labios. Ha conservado lo inescrutable de lo que contienen las palabras de la infancia que le salen al paso al adulto. El haberlas silenciado durante largo tiempo las transfiguró”. Ningún niño sospecha, siendo niño, que lo que está viviendo va a ser transfigurado, como dice Benjamin, por el paso del tiempo. Es el tiempo y el silencio lo que transfigura, lo que posibilita la experiencia de la evocación.

El niño es pura afirmación, dice Nietzsche, en el relato de las tres metamorfosis del espíritu, donde la imagen de la infancia aparece como la metáfora del hombre nuevo, como la forma del espíritu después de haber padecido la servidumbre del camello y la furia del león.

El niño es vida y es una nueva vida, un comienzo que va a desplegar en la afirmación de sí mismo y del mundo su radical novedad. Según Bárcenas 2000, pág 63: "Con el nacimiento el recién llegado toma una iniciativa y rompe la continuidad del tiempo. Nacer es estar en proceso de llegar a ser, en proceso de un devenir en el que el nacido articula su identidad - del nacimiento a la muerte - en una cadena de inicios, o sea, acciones y novedades".

El niño nace y cada ser humano comienza su existencia naciendo, esto, se constituye para Hanna Arendt en una condición de la existencia humana. La natalidad, el hecho de que el ser humano tenga un comienzo y ese comienzo irrumpa en el tiempo produciendo un corte, nos posiciona frente a un ser radicalmente novedoso y original. Nunca nadie antes ocupó su lugar, y nunca algo volverá a ser igual después de esta irrupción.

La niñez no es solo una etapa del crecimiento necesario para llegar a ser adulto, sino el modo de ser mismo del comienzo, es una condición de la existencia humana.

Esta condición de la existencia humana considerada como experiencia es evocación y construcción por parte del adulto que con el paso del tiempo y el silencio de los años, transfigura los hechos tornándolos en acontecimientos significativos que configuran el presente.

Es evocación en tanto la memoria que olvida y recuerda, recorta y da forma al pasado cargándolo de sentido para vivir y definir el presente. La memoria no recuerda hechos tal cual fueron, sino acontecimientos en torno a los cuales a modo de núcleos significativos ordena todos los hechos. La memoria es selectiva, organizadora, constructora y en este sentido podríamos decir que tiene



una función hermeneútica o interpretativa. Por eso podemos evocar la infancia y transformarla en el ámbito donde nos definimos y construimos nuestra identidad.

Es construcción en tanto que la imaginación crea y prefigura las posibilidades que depositamos en la infancia. Por eso podemos esperar de la infancia y en la infancia el cumplimiento de nuestros sueños y deseos y transformarla de ese modo en el ámbito donde depositamos nuestras buenas intenciones para un futuro mejor.

Los niños en tanto niños no sospechan que son depositarios del peso de nuestros anhelos, el peso de todo aquello que no hicimos por nosotros mismos como personas y como sociedad, transformándolos en herederos de nuestros proyectos en el mejor de los casos, cuando no en depositarios de nuestras decepciones y fracasos a través del abandono, la violencia y la exclusión.

Los recién llegados, los que recién comienzan, los que estrenan la vida y se presentan como radical novedad, quedan atrapados entre las buenas intenciones de los proyectos que imaginan una sociedad mejor y la exclusión que provoca el fracaso de las buenas intenciones.

Los recién llegados quedan atrapados y sofocados en las redes de la sociedad de consumo que se erige como un nuevo totalitarismo con la autoridad para decidir que vidas son valiosas para ingresar al mercado y cuáles son superfluas para quedar excluidas. Hoy asistimos a uno de los mayores genocidios comparable a tantos de los crímenes cometidos en la historia de la humanidad como las guerras de religión, la conquista de América y el Holocausto Judío en las guerras mundiales, con la diferencia que la muerte se transforma en una penosa agonía que despoja en vida a millones de seres humanos de su condición de humanos y los destierra a vivir en las afueras del sistema. Según Fernando Bárcenas, 2000, pág. 42: “Esto puede significar que junto a los rostros más temibles y bien conocidos del totalitarismo - Hitler y Stalin - en la época moderna también debemos hablar de otra forma de

"totalitarismo democrático", cuyo propósito y objeto es la gestión de la vida, su administración y puesta en circulación en el mercado bajo los nombres quizás menos temibles, pero no por ello menos crueles, de la globalización, la mundialización y toda esa jerga de la competitividad y la eficacia."

Nuestra constitución del sentido de la infancia se tensa entre la voracidad con que el mercado reclama consumidores y mano de obra calificada y nuestras buenas intenciones de un futuro mejor. En ambos casos con un gran olvido de lo humano y una gran incapacidad para reconocer lo irrepetible de cada niño que nace.

Cada niño que llega al mundo nos confirma que el ser humano es único, singular e irrepetible, es una radical novedad que irrumpe en la vida social y cultural sin que podemos prever ni anticipar el curso de su acción. Quizás el significado más profundo de la infancia sea justamente el acontecimiento de irrumpir en el devenir del tiempo de la vida instalando y haciendo patente de modo frágil y silencioso la novedad de lo humano. Lo humano tiene comienzo, fractura la continuidad del paso del tiempo y se instaura como acontecimiento, pero exige en su acontecimiento fundador la transformación de las relaciones y circunstancias que lo contienen. Nada volverá a ser igual. Un nuevo, singular e irrepetible ser ha irrumpido en nuestro mundo y como adultos nos interpela a tomar una decisión que se concreta en la educación y que quizás Hanna Arent, 1996, pág. 208, sintetizó con singular claridad: "La educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina, que de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes sería inevitable. También mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y librarlos a sus propios recursos, ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo. Algo que nosotros no imaginamos lo bastante, como para prepararlos con el tiempo para la tarea de renovar un mundo común".



Bibliografía:

- Arendt, Hanna. *Entre el pasado y el presente*. Barcelona, Península, 1996
- Arpini, Adriana (compiladora). *Filosofía, narración y educación*. Mendoza, ed.Q, 2002
- Bárceñas, Fernando. *La educación como acontecimiento ético*. España, Paidós, 2000.
- Benjamín, Walter. *Infancia en Berlín*. Madrid, Alfaguara, 1982.
- Croce, Elena. *La infancia dorada*. México, Joaquín Mortiz, 1970.
- Carli, Sandra. *Niñez, pedagogía y política*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2003.
- Childs, John. *Pragmatismo y educación*. Buenos Aires, Nova, 1956.
- deMause, Lloyd. *Historia de la Infancia*. Madrid, Alianza, 1994.
- Kohan, Walter. *Filosofía con Niños*. Buenos Aires. Novedades Educativas, 2000.
- Lipman, Matthew. *La filosofía en el aula*. Madrid, De la torre, 1992.
- Sharp, Ann M. *La otra educación*. Buenos Aires, Manantial, 1995.